Boletin de Noticias NS

NSDAP/AO : PO Box 6414
Lincoln NE 68506 USA
www.nsdapao.org

#1163 29.06.2025 (136)

Hitler en guerra : ¿Qué ocurrió *realmente*?

por A.V. Schaerffenberg

Parte 10

Capítulo 9:
Batalla de Inglaterra

Ella (Inglaterra) fue con los demás, será llevada con los demás y colgada con los demás. Ella ha comenzado el camino descendente y ahora debe guisar en su gran dilema."

Dr. Joseph Goebbels, diario, 28 de febrero de 1945

Con la derrota de Francia, la guerra en Europa llega a su fin. Más hostilidades eran inútiles e injustificadas. Los británicos, que habían sido literalmente expulsados al mar, se encontraban solos en una posición desesperada. Su único aliado potencial de valor militar era Estados Unidos. Pero la abrumadora mayoría del pueblo estadounidense y de los miembros del Congreso se oponían firmemente a la intervención, a pesar de todos los halagos de Roosevelt y de los cineastas kosher de Hollywood. No, los yanquis no vendrían pronto. Y parecía inminente una repet-

ición en el siglo XX de la conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador en el siglo XI. Sin embargo, Adolf Hitler tenía algo completamente diferente en mente.

Desde que compuso *Mein Kampf* en 1924, estaba decidido a llegar a un acuerdo con los británicos. Creía que su Imperio era esencial para la estabilidad mundial y que su pueblo ario, emparentado racialmente, era el aliado natural de Alemania. El Nuevo Orden Mundial que imaginaba eran unos Estados Unidos de Europa dirigidos por el Reich en el continente hasta Ucrania tras la destrucción del comunismo soviético. El resto del globo se dividiría entre Italia en el Mediterráneo y Japón en Extremo Oriente; EE.UU. en toda América, con Gran Bretaña como potencia colonial dominante en los mares, y en África y la India.

Aunque esta visión de una especie de *Pax Aryana* (Hitler se refirió a los japoneses como "los arios de Oriente") era incuestionablemente sana -un epítome global de la *Realpolitik-, incluso* deseable, se echó a perder por los gobiernos judaizados que prevalecieron en la mayoría de estos países. Sin un liderazgo gentil no afectado por judíos influyentes con sus propias agendas internacionales, tal paz universal no podría y no puede materializarse. Increíblemente, Adolf Hitler, que creó el primer movimiento de masas con conciencia judía de la historia, subestimó a los judíos. "La mejor sangre de Inglaterra y Norteamérica vendrá con nosotros", supuso inocentemente. Cuando, después de que su mejor amigo, Rudolf Hess, comprendiera que su misión unidireccional a Inglaterra en nombre de la cooperación con Alemania había fracasado, escribió a su esposa: "No nos dimos cuenta entonces de hasta qué punto las autoridades gubernamentales británicas ya no controlaban su propio país."

La *Pax Aryana* que Hitler buscaba sólo habría sido posible si la *Unión Británica de Fascistas* de Sir Oswald Moseley se instalaba en el Parlamento británico, o la *Legión de Plata* de William Dudley Pelley se hacía con el control del Congreso de los Estados Unidos. Los gobiernos aliados eran incapaces de trabajar con Hitler, por mucho que tal cooperación redundara en beneficio de sus propios pueblos. Al igual que Roosevelt, simplemente habían *invertido* demasiado *en* los judíos o, como Churchill, estaban personalmente en *deuda con* ellos. Por ejemplo, en el diario privado de Henry Wallace, vicepresidente abiertamente comunista de F.D.R., leemos de una reunión del Gabinete en mayo de 1942, en la que el Secretario de Estado de EE.UU. dejó constancia de que "la destrucción del Imperio Británico es el objetivo del Presidente, empezando por la India".

Comparen las intenciones de F.D.R., declaradas durante la guerra, cuando el pueblo británico buscaba sobre todo ayuda en Estados Unidos, con el deseo del Führer de preservar su Imperio. Roosevelt sabía que Churchill ganaba dinero como falsificador de arte, falsificando los cuadros de un oscuro artista francés post-

impresionista (Charles Mauren), a buen recaudo muerto, y utilizó el escándalo para intimidar al Primer Ministro británico. En agudo contraste, Hitler bromeó una vez diciendo que después de la guerra permitiría a Churchill seguir pintando. Tuvieron que pasar todos los años treinta y la mitad de la Segunda Guerra Mundial para que el Führer renunciara a su sueño de amistad anglo-alemana.

Pero en el verano de 1940, con sus ejércitos triunfantes en el continente, estaba ansioso por forjar una paz permanente, si no una alianza con los británicos. "No veo más utilidad a la continuación de este conflicto", les dijo en un discurso público por radio. "Pensemos en las insoportables penurias que tendrán que soportar nuestras mujeres y niños en ambas tierras, si permitimos que continúe esta guerra sin sentido. Hablo ahora, no como un hombre vencido que suplica la paz, sino como el líder de unas fuerzas armadas victoriosas que piden la razón". No reclamó nada al Imperio; no exigió condiciones de rendición, porque la derrota de Inglaterra no encajaba en su visión de unos Estados Unidos de Europa, de los que Gran Bretaña formaba parte. En su lugar, presentó las ofertas de cooperación más generosas jamás hechas por un conquistador a unos enemigos humillados en el campo de batalla.

Además de renunciar a las operaciones militares contra Gran Bretaña, el Führer ofreció retirar inmediatamente sus ejércitos de todos los territorios ocupados, excepto la ciudad alemana de Danzig, y puso 25 divisiones de la Wehrmacht a disposición de Inglaterra contra todos sus enemigos. Hablando con el mariscal de campo Gerd von Rundsedt después de la debacle de Inglaterra en Dunkerque, "dijo que todo lo que quería de Gran Bretaña era que reconociera la posición de Alemania en el continente...". Concluyó diciendo que su objetivo era hacer la paz con Gran Bretaña sobre una base que ella considerara compatible con su honor aceptar" (Walsh, 42).

A Hitler se le unieron el rey de la neutral Suecia, el Papa Pío XII y la propia reina Isabel de Gran Bretaña para pedir a Churchill que pusiera fin a la guerra. Sin embargo, a los ciudadanos de a pie no se les permitió saber prácticamente nada de la oferta sin precedentes de Hitler. Aún así, tras la caída de Francia, las encuestas de los periódicos revelaron que *más del 50%* de los británicos no querían que sus líderes continuaran la guerra. Su postura a favor de la paz se vio prácticamente reflejada por la mitad de los miembros del gabinete, que instaron a aceptar la oferta de Hitler. Churchill consiguió ocultar todos los detalles de esta magnánima propuesta tanto a las masas como a su propio gobierno. Si esos detalles se hubieran dado a conocer, se dio cuenta, la mayoría habría pesado en su contra, dejándole incapaz de pagar sus aplastantes deudas, que estaban siendo recogidas por los intereses judíos pro-guerra a los que estaba vinculado.

Después de que los británicos entraran en guerra, el antisemitismo se extendió

por todo el país. Estaban indignados por la catástrofe a la que les habían conducido personas como Hore-Belisha y sus compañeros de tribu. Según su entrada en la *Wikipedia* en línea, "Incluso aquellos que no se oponían firmemente a él empezaron a apodarle 'Horeb' como un juego de palabras humorístico sobre su raza, ya que Horeb se menciona en la Biblia hebrea como el lugar donde se hizo el becerro de oro. En aquella época se aceptaba que Belisha estaba más preocupado por los judíos que por Gran Bretaña. Como resultado, quería que Gran Bretaña luchara con Alemania sólo para salvar a esos judíos".

En los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, una canción antijudía era tan popular entre los militares que hizo que se prohibiera en todas las fuerzas armadas. Cantada con la melodía de una conocida marcha religiosa, "Onward, Christian soldiers", su irreverente letra no sólo expresaba el desdén británico por el conflicto, sino que hacía gala de perspicacia política:

"¡Adelante, ejército de reclutas! No tenéis nada que temer.
Israel Hore-Belisha les guiará desde la retaguardia.
Vestida por Monty Burton (un judío que dominaba la industria de la confección en Inglaterra),
se alimentaban de tartas Lyons (Abraham Lyons, que controlaba la industria panadera inglesa),
luchan por la conquista yiddish, mientras los británicos mueren.
¡Adelante, ejército de reclutas, marchando a la guerra!
Luchar y morir por los judíos, como hicimos antes.
Debes morir por Polonia, pagar tu deuda de agradecimiento
a sus benefactores, los bancos internacionales.
Suprimir de nuevo a los alemanes bajo una estrella judía.
¡Adelante, soldados cristianos, gentiles que sois!
Llevados al matadero como un rebaño de ovejas
por la propaganda mentirosa que os adormeció a todos.
Así que, por Israel en el extranjero debes luchar y morir
que Markus Spence y Lowenstein (propietarios de periódicos judíos)
puedan sacar provecho de nuestro tiempo.
Avanzad hacia Polonia, un millón de hombres caerán
que el reino del terror de Juda nos tenga a todos esclavizados".

Churchill tenía algo más que canciones ingeniosas de lo que preocuparse. Tenía problemas para tapar las filtraciones públicas de los planes de paz de Hitler. El 20 de julio de 1940, un destacado miembro de la aristocracia británica, Lord Lothian, pidió directamente a los alemanes una copia de sus condiciones. A través de escu-

chas telefónicas, Churchill se enteró de la consulta de Lord Lothian y le ordenó que cesara inmediatamente toda comunicación con las autoridades del Reich. Posteriormente informó al embajador británico de que debía suspender todo diálogo con los representantes de Berlín, que en ese momento intentaban desesperadamente que el gobierno de Londres conociera y comprendiera las propuestas de Hitler. Por sus poderes como Primer Ministro, sólo Churchill y su entorno inmediato conocían el alcance de la magnánima oferta del Führer, y no estaban dispuestos a hacer pública esa generosidad.

El mismo día que ordenó al embajador británico que se abstuviera de todo contacto con los alemanes, Churchill mandó llamar al Comandante en Jefe del Mando de Bombarderos, Charles Portel, para preguntarle cuándo podría lanzar un ataque terrorista a gran escala sobre Berlín. Portel respondió que, dado que la Luftwaffe había limitado hasta entonces sus ataques a objetivos militares, la Royal Air Force no podía bombardear legalmente la capital enemiga, ya que tanto Inglaterra como Alemania estaban obligadas a firmar por el derecho internacional. Poco antes de su reunión, Churchill dijo al embajador americano, Joseph P. Kennedy, que quería que Hitler iniciara el bombardeo de centros civiles británicos, como medio de frustrar el movimiento pacifista que cobraba impulso entre el público y el gobierno por igual.

El 24 de agosto de 1940 se cumplió su deseo, cuando el piloto de un único Heinkel HE-111 sobrevoló su objetivo para lanzar dos o tres bombas que explotaron justo dentro de los límites de la ciudad oriental de Londres. No hubo muertos ni heridos y los daños materiales fueron mínimos. La Luftwaffe notificó el error a la Cruz Roja Internacional, que lo transmitió a las autoridades británicas a través de la neutral Suiza. Al día siguiente, Churchill hizo algo que merecía ser destituido e incluso procesado penalmente por su propio gobierno. Sin notificarlo al Parlamento, al Gabinete ni siquiera al Mando de Bombarderos, ordenó a 100 bombarderos medios *Wellington* y *Whitney* que atacaran Berlín. Muchos de los intrusos fueron derribados, pero no antes de haber matado a unos cuantos hombres, mujeres y niños no combatientes. Ninguna instalación militar sufrió daños. Hitler prohibió a la Luftwaffe tomar represalias.

Durante los diez días siguientes, la RAF regresó a la capital del Reich en siete incursiones, todas iguales, en el sentido de que las zonas residenciales eran siempre el objetivo. La cifra de muertos civiles alemanes comenzó a aumentar. Aun así, el Führer se abstuvo de contraatacar, mientras sus agentes diplomáticos se esforzaban frenéticamente por llegar a algún tipo de arreglo pacífico o acuerdo fundamental con sus homólogos británicos. Pero el Primer Ministro les había ordenado taparse los oídos ante cualquier apelación a la razón. Bajo la creciente presión política del pueblo alemán que exigía justicia por el asesinato de civiles inocentes,

Hitler ordenó a regañadientes el primer ataque de la Luftwaffe sobre Londres.

No se trataba de una salida de un centenar de viejos bombarderos medios, sino del primer ataque masivo de la historia con Junkers-88, Dornier-17 y Heinkel-111 de última generación. La capital británica estalló en una tormenta de fuego. Churchill estaba exultante, mientras los noticiarios de toda Inglaterra y del mundo exterior dramatizaban montones de civiles muertos para millones de espectadores, a los que nunca se mostraron imágenes de los cientos de civiles muertos en Berlín masacrados anteriormente por Churchill, que era el responsable de la matanza mutua. Él había puesto en marcha el bombardeo de civiles, una forma moderna de salvajismo cuyo legado fue el llamado "bombardeo en alfombra" de Vietnam del Norte durante la década de 1970, y los ataques aéreos estadounidenses contra trenes de pasajeros serbios desarmados en 1999.

"El Blitz", como lo llamaban los londinenses de la época, reveló las grietas cada vez más profundas de la democracia inglesa. Según el historiador británico Michael Walsh, "el Ministro de Información, Alfred Duff Cooper, envió a su hijo Julius a Canadá, pero no informó a nadie. Los padres que podían permitírselo enviaron a sus familias a América o a la Commonwealth... En junio, julio y agosto de 1940, más de 6.000 niños participaron en el éxodo de los ricos" (42). Como jefe de propaganda de Gran Bretaña, Cooper fue responsable del mito del pueblo inglés compartiendo el peligro común contra el cruel enemigo supuestamente empeñado en su aniquilación.

Los ataques de terror de Churchill contra los no combatientes convencieron a Hitler de que la diplomacia del palo y la zanahoria era el único método que le quedaba. Tal vez los bombardeos harían entrar a los británicos en la mesa de conferencias, si no en razón. A pesar de los planes para la "Operación Sealion" (la invasión de Gran Bretaña) elaborados por la Wehrmacht, siempre había esperado evitar invadir Inglaterra. Incluso ahora, aún albergaba esperanzas de una futura reconciliación anglo-alemana, y la ocupación forzosa haría imposible para siempre ese futuro.

A partir de finales del verano, el Reichsmarshall Goering se encontraba en clara desventaja en sus operaciones contra Inglaterra. *Knickbein*, o "Pata Torcida", nombre en clave del sistema de navegación electrónica de los bombarderos alemanes, "consistía en estrechos haces de radio enviados desde dos lugares muy separados", según el historiador Greg Goebel. Los dos haces se cruzaban sobre una ciudad objetivo, marcándola para el bombardeo...". En septiembre de 1940, cuando la Luftwaffe pasó a los ataques nocturnos, las contramedidas contra *Knickbein* se habían perfeccionado. Los británicos utilizaban transmisores *anti-Knickbein* más potentes que degradaban las señales *Knickbein* inyectándoles patrones de código Morse ... *Knickbein* había sido neutralizado. Sin dirección, los bombarderos alemanes a

veces se perdían en la oscuridad ... El 19 de noviembre, la Luftwaffe atacó Birmingham. Los inhibidores británicos estaban en frecuencia, y la precisión de los bombarderos alemanes era escasa. La Luftwaffe tuvo cierto éxito en diciembre contra ciudades británicas no protegidas por interferidores. Pero en enero de 1941, los británicos habían tapado todos los agujeros (2, 4, 5).

Aunque la eficacia de los bombarderos alemanes se vio reducida por la interdicción de su sistema de navegación, el Supermarine *Spitfire* era al menos igual al Messerschmitt ME-109, cuyo tiempo de combate estaba limitado por el combustible, algo que no preocupaba a los pilotos de la RAF, que además podían saltar en paracaídas y volver a combatir en otro avión de guerra. Los pilotos de la Luftwaffe eran menos afortunados; los pilotos que saltaban en paracaídas sobre Inglaterra nunca regresaban. No obstante, no es cierto que Inglaterra se salvara de una invasión inminente porque su Royal Air Force destruyera demasiados aviones enemigos. Desde el 8 de agosto, cuando comenzaron las operaciones aéreas, hasta el 1 de septiembre, cuando Hitler expresó por primera vez sus recelos al respecto, se habían perdido 467 aviones alemanes por 1.115 aviones británicos destruidos. A pesar del continuo balance de pérdidas a favor de la Luftwaffe, declaró en una conferencia naval dos semanas después que "aún no se ha alcanzado el grado de supremacía aérea necesario para justificar la ejecución de la Operación *Sealion*."

En los meses siguientes, vaciló entre la esperanza de que sus esfuerzos pudieran llegar a un acuerdo con los británicos y la capacidad de sus bombarderos para obligarles a sentarse a la mesa de conferencias. Retrocedió ante la perspectiva de invadir a un aliado natural, cuya amistad se vería comprometida para siempre si Alemania la ocupaba. La Operación *Sealion* se canceló, no tanto por falta de suficiente dominio del aire, sino porque Hitler aún albergaba esperanzas de ganar a Gran Bretaña para su bando. Pero había sufrido mucho en las semanas anteriores. Su infraestructura había sido destrozada, las fábricas destruidas, la RAF reducida a unos pocos cientos de pilotos supervivientes y menos aviones útiles. Aunque aparentemente habían evitado la derrota total, los británicos se enfrentaban a raciones de hambre y a un aislamiento cada vez mayor.

El propio Führer estaba bajo presión. Era consciente de que el tiempo se agotaba rápidamente en su pacto de no agresión con la URSS, que estaba muy ocupada en la construcción de su ejército. El precio que Stalin había exigido por el acuerdo era extender su esfera de influencia a los países bálticos. La neutralidad rusa era esencial para su enfrentamiento con los aliados occidentales tras la derrota de Polonia. Todo lo que pudo hacer por los habitantes de Letonia, Lituania y Estonia fue insertar un protocolo que restringía a los soviéticos la posibilidad de abusar de ellos de cualquier forma, al tiempo que permitía la migración de todas las personas con sus posesiones personales. Stalin, por supuesto, no hizo caso de esta

parte de su acuerdo en 1940, cuando ocupó los países bálticos, sometiéndolos al mismo tipo de saqueo, arrestos masivos y ejecuciones que caracterizaban las tomas de poder del Ejército Rojo en todas partes.

Las manos de Hitler no estaban menos atadas cuando los soviéticos atacaron Finlandia el 30 de noviembre. Su invasión le puso en muy mala posición, política y militarmente. Los estrategas de Londres y París situaron la captura de Noruega y Suecia en lo más alto de su lista de prioridades por los recursos de mineral de hierro de este último y las bases navales del primero. En consecuencia, Gran Bretaña y Francia ayudaron a los finlandeses con suministros para aprovechar el sentimiento antialemán que se extendía por Escandinavia, donde se consideraba que el Reich era cómplice de la agresión rusa, y los propagandistas aliados hicieron su agosto ridiculizando "el falso anticomunismo de los nazis". El Führer soportó todo esto en amargo silencio, mientras confiaba en que el apoyo de sus propios compatriotas no se vería socavado. Tuvieron que permanecer distantes, a pesar de sus profundas simpatías por los finlandeses y los bálticos, mientras un voraz monstruo soviético roía los bordes orientales de Europa. Hitler había firmado, en efecto, un pacto con el Diablo, cuyo precio para ganar tiempo para la victoria era el terrible sacrificio de los pueblos nórdicos hermanos.

Los designios de Stalin sobre Finlandia no parecían menos seguros que su captura sin esfuerzo de Letonia, Lituania y Estonia, que cayeron en sus manos sin luchar. 300.000 soldados soviéticos y 800 aviones de guerra se enfrentaron a 120.000 defensores finlandeses que pilotaban un centenar de aviones, en su mayoría obsoletos y mal equipados. Invadiendo a través del istmo de Carelia, el poderoso 7º Ejército Rojo fue detenido en seco en la Línea Mannerheim, una astuta serie de fortines y defensas antitanque escalonados y magníficamente camuflados, bautizados en honor del Comandante en Jefe de Finlandia, Carl Gustav Mannerheim. Apresurándose a relevar a los rojos inmovilizados, las divisiones 75ª y 139ª del 8º Ejército fueron emboscadas en la orilla más alejada del lago Ladoga por batallones de esquí finlandeses que disparaban ametralladoras *Suomi* de 9 mm a prueba de invierno. Las inferiores armas de fuego rusas se congelaron a temperaturas bajo cero, lo que contribuyó a las más de 5.000 bajas comunistas. Mientras tanto, la 163ª División soviética fue separada de su 9º Ejército que avanzaba hacia el centro de Finlandia, y luego aniquilada, al igual que la 44ª División en medio de su precipitada retirada.

Las Fuerzas Aéreas finlandesas eran una variopinta mezcla de desechos de otras naciones, en su mayoría biplanos envejecidos procedentes de Italia, Holanda, Francia e Inglaterra. Con estos aparatos obsoletos y en inferioridad numérica de ocho a uno, los pilotos finlandeses desafiaron a la armada aérea soviética, hasta que su éxito en los cielos del frente se asemejó a la victoria en tierra. Menos de un

mes después de la invasión de los rojos, 27.500 de ellos yacían muertos, más de diez veces el número de bajas finlandesas. La humillación de Stalin a manos de una víctima en desventaja numérica y tecnológica fue atribuible en parte a la escasa moral y entrenamiento de sus propias tropas, mal atendidas por sus oficiales, políticamente correctos y militarmente incompetentes. Los finlandeses, más motivados, les superaron literalmente en pensamiento y lucha, y su heroica defensa animó a Hitler, que preparaba su propio ataque contra la URSS.

Si Alemania quería estar preparada para esa confrontación a vida o muerte de la primavera, la neutralización de Gran Bretaña era esencial. Sabía que la lucha contra su Imperio, una potencia marítima, sólo podía confiarse a la Kriegsmarine. En consecuencia, ordenó aumentar la producción de submarinos. Inglaterra podía ser contenida eficazmente aislándola de todo apoyo exterior, algo que sus fuerzas navales podrían lograr. Depositando así su confianza en los marinos y barcos del Reich, el Führer dirigió su atención al Este. Pero antes de que pudiera comenzar allí, otro continente atrajo su atención.

¡El NSDAP/AO es el mayor suministrador mundial de propaganda Nacional Socialista!

Revistas impresas y online en muchas lenguas
Cientos de libros en casi una docena de lenguas
Sobre 100 webs en docenas de lenguas